

Y sin dar tiempo á que respondiera Andrés, le dijo;—toma, para que no se te escape otra vez la lengua—de-cargádo e un puñetazo.

Andrés sintió que se le agolpaba la sangre á la cabeza, pero poco amigo de peleas, se contuvo y dijo: puede que algún día te acuerdes de este puñetazo y lo sientas; ¡eres un valiente, Paco!

No le debieron sentar bien tales conceptos á Paco, porque, con cruel saña, y recalcando las palabras dijo: Yo, yo según tú, soy un valiente; pero malo, bueno, gandul ó golfo, aplicado ó desaplicado puedo decir me llamo Francisco Sánchez y González. ¿Y tú? ¿Cómo te llamas? ¿Quién es tu madre? ¿Quién es tu padre? ¿Vamos; no me respondes?

Y después de soltar una carcajada, la cual hizo eco entre sus compañeros, intentó irse, mas antes que diera un paso, vió que Andrés se le avalanzó y sintió dos manos que le apretaban el cuello, y le hubieran estrangulado á no acudir en su auxilio las Hermanas.

II

Es la hora de comer. En el comedor del Hospicio, las Hermanas sirven la vianda, extrañándose de que Andrés deje pasar los platos sin probarlos. Ensimismado, sin darse cuenta de lo que le rodea, Andrés piensa en aquellas palabras que hirieron su cerebro como martillazos, y que al fin eran verdad. Él tenía padres, mas era mucho peor que si no los tuviera. No los conocía; le abandonaron; hicieron con él lo que ni aun las bestias más feroces hacen.

Así que él pensaba:—¿Quién me tendrá cariño, si los únicos que debieran tenérmelo me lo niegan, abandonándome; en quién creer si en aquéllos en que debiera fiarme me traicionan? ¿A quién decir que soy honrado, si para el mundo nací sin honra?

Dentro de poco tendré un oficio aprendido, y cuando vaya á pedir trabajo y me pregunten cómo te llamas? ¿De quién eres? Les contestaré con la cara llena de vergüenza y la frente baja, pero con el corazón limpio: me llamo Andrés y no soy hijo de nadie; recogido por caridad me han criado y enseñado á ser hombre en el Hospicio.

Y estoy seguro que no me admitirán; y si me admiten, los compañeros de trabajo, señalándome, se preguntarán; ¿quién será éste? ¿De dónde vendrá? ¿Como si yo tuviera la culpa de haber nacido de dos seres sin corazón, y no pudiera ser tan honrado como ellos!

Y siempre con la misma idea en la cabeza, cuando sus compañeros de infortunio salían al recreo y se divertían, él, allá en un sitio de los más solitarios se sentaba, causando la extrañeza de todos los que no compartían con él en sus juegos y que no sabían que mientras ellos se divertían, Andrés, con su alma torturada por los sufrimientos, pensaba en su porvenir, viéndolo negro, muy negro.

III

Pasó el tiempo; el ayer niño, y hoy hombre, Andrés, se dispone á partir del Hospicio, en busca de trabajo conque ganarse el pan de cada día, honradamente. En las galerías lo esperan sus antiguos compañeros para darle un apretón de manos, quizás el último. El mismo destino que los unió, los separaba, cual si se recreara burlándose de ellos.

Al fin, después de recibir millares de apretones de manos y escuchar sabios consejos de las Hermanas, se vió libre Andrés, y al respirar en aquel ambiente con el cual había soñado, le pareció que sus pulmones se ensanchaban, que el corazón latía con más violencia.

IV

Fué á buscar trabajo y lo encontró. Buscó aprecio, y lo tuvo entre sus compañeros que le querían. Vivía feliz, era honrado, cumplía con su deber, lo apreciaban, no podía desear más.

Eu el taller se corrió la voz de que aquella tarde tendrían un nuevo compañero de trabajo, del hospicio también como Andrés, el cual se alegró, esperando que fuera uno de sus antiguos camaradas. pero cuando se presentó el jefe con el nuevo obrero, sintió que sus mejillas se abrasaban, y se le vinieron á la memoria aquellas palabras de ¿cómo te llamas? ¿quiénes son tus padres? y apretando con fuerza la lima continuó trabajando. El obrero era Paco.

Llegó la hora de dejar el trabajo, y Andrés al salir tropieza con Paco, el cual, lejos de hacer caso á las palabras de excusa que le dirige Andrés, se envalentonó y con chulesco ademán le dijo que si no fuera por mancharse la mano le daría cual merece á los hijos de mala madre.

Pero entonces, Andrés no era el niño de antes y sacando la navaja que utilizaba para el almuerzo, avalanzóse sobre el «guapo provocador» y ciego, la hundió, una, dos, tres veces. Cuando fueron